

El niño y la taza

Relatado por Gurumayi Chidvilasananda

Una mañana, hace siglos, el hombre que llegaría a ser conocido como San Agustín vagaba a la orilla del mar. Había permanecido despierto noche tras noche en busca de la Verdad suprema —pensando, estudiando, razonando, orando—. ¿Y a dónde lo había llevado? ¿Qué había alcanzado? Le pesaban los párpados. Cada articulación del cuerpo le dolía. Si tan sólo pudiera descansar.

Agustín había perdido toda su paz mental buscando la Verdad. Había perseguido tan intensamente la iluminación que ya no sabía si era de día o de noche. Escrituras y escrituras, palabras y más palabras, argumentos, doctrinas, discusiones, credos, las más grandes y novedosas ideas... tenía la cabeza tan sobrecargada de estar pensando, que sentía que le iba a estallar. A menudo se le encontraba inclinado como un jorobado por todo ese peso que traía en la mente.

En las primeras horas de la mañana, iba caminando a lo largo de la playa viendo la vasta expansión de mar y cielo; buscando, buscando. Después de un rato vio a un niño pequeño que estaba solo. El niño tenía una taza en la mano y estaba mirando hacia el mar.

Al acercarse, Agustín vio que el niño se veía muy triste y desamparado. Parecía estar solo y perdido en sus pensamientos.

Agustín sintió que se llenaba de compasión por este muchachito.

—Oh, mi niño —dijo al acercarse a él—. ¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan triste? ¿En qué estás pensando?

El niño alzó la mirada hacia San Agustín, sus ojos llenos de muda desesperanza.

—Vine con mi taza para poner todo el mar dentro de ella —dijo—. Llevo aquí largo tiempo y lo he intentado mucho, pero no logro que funcione. No sé qué hacer. Me da mucha tristeza.

Agustín puso su brazo afectuosamente alrededor de los hombros del niño:

—¿Por qué ponerte tan triste sin ninguna razón? —dijo—. El mar es tan grande y tu taza es tan pequeña. Escucha. Tengo una mejor idea. ¿Por qué no arrojas tu taza al agua? Entonces tu taza se volvería parte del mar y tu problema quedaría resuelto.

Al niño le encantó esa idea. Una sonrisa iluminó su cara. Con ojos danzantes, arrojó su taza al océano lo más lejos que pudo.

Mientras la taza volaba por el aire y se perdía en el brillo y la ondulación azul de las aguas, Agustín se quedó sin aliento. Sus ojos se agrandaron. Escuchó las palabras que acababa de decir repetirse en su mente. *Arroja tu taza al agua*. Y se dio cuenta de que esa era la respuesta a su dilema.

Su corazón gritó: “¡Agustín! Agustín, ¿no lo ves? Has estado tratando de hacer que todo el mar de la Conciencia quepa en la pequeña taza de tu ego, y has estado llorando porque no cabe. Mejor arroja tu ego al mar del Amor supremo, Agustín. Tu taza es demasiado pequeña para el conocimiento que buscas. Arrójala al océano —el océano de la sabiduría que está más allá de la mente— y entonces te convertirás en la sabiduría misma”.

Cuando este conocimiento surgió dentro de él, Agustín era como un prisionero puesto en libertad. Se sentía tan ligero que quería danzar. Incluso estaba seguro de que, si lo deseara, podría volar.

La carga de su vida, el peso de todos aquellos años de búsqueda en la oscuridad, se desprendieron. Y ahora, adondequiera que miraba, había luz. Centelleaba.

A Agustín se la había concedido una visión de la Verdad, y en ese preciso momento se transformó. Mientras caminaba, olas de nuevo entendimiento surgían dentro de

él —ola tras ola, que lo inspiraban más y más—. Todo este tiempo había tenido la cara metida en los libros, tratando de descifrar las palabras abstrusas de las escrituras. Ahora levantaba la cara. Estaba abierto al mundo, al mundo de Dios, percibiendo el conocimiento de Dios en todas partes. Se sintió inundado de afecto por cada grano de arena. Cada rincón de la creación le estaba cantando las escrituras. Cada rincón de la creación estaba cantando las alabanzas de Dios.

A medida que Agustín siguió caminando por la playa, observó que había, de hecho, muchos miles de muchachos y muchachas de pie sobre la playa del mar de la Conciencia con tazas en sus manos. Y cada uno estaba pensando: “Tengo una taza grande. Voy a contener mucho del mar”. O bien: “Mi taza es más grande que la suya. Voy a contener todavía más del mar”. “Mi taza está tan bien diseñada. Se llenará más rápido que la de ella”. “Mi taza es tan hermosa. El mar no podrá resistirla”. Todos estaban empuñando las tazas de sus egos, demasiado enamorados para soltarlas. “Mi taza se ha heredado por tres generaciones”. “Mi taza es única”. “Mi taza es perfecta”. Todos llevaban tanto tiempo esperando. Lo habían estado intentando con tantas ganas. Pero cada una de sus tazas estaba vacía.

El corazón de Agustín gritó: “Oh queridos, arrojen sus tazas al mar. Déjense disolver en el Amor. ¡Arrojen su taza al mar!”

